

AMAINÓ

Ya ha pasado un año, pero no te hemos olvidado. Todavía recordamos los momentos que vivimos, fueron pocos pero largos, llenos de amor y de felicidad. Si no hubiera sido por aquella maldita mancha que apareció en tu pecho ahora aún estarías con nosotros. Te hubiéramos visto aprender a hablar, a dar los primeros pasos, a ir a la escuela... Pero no, tuvo que ocurrirte a ti. Los médicos nos dijeron desde el primer día que podría suceder, pero tu padre y yo siempre tuvimos la esperanza de que no pasara, las veces que nos viste llorar a tu lado no eran por pena o porque habías hecho algo mal, eran de alegría porque aunque te fueras sabíamos que te encontrarías con el abuelo y que él te cuidaría como nosotros.

Ahora cada día tu padre y yo rezamos a dios y le pedimos que descanséis en paz, que estéis bien y sobre todo que seáis felices. Él nunca nos responde pero yo sé que cada flor seca que encuentro cada mañana en tu tumbita o en la de tu abuelo es un mensaje que él me deja para que yo vea que os ha traído las flores y que os hablo sobre nosotros. Gracias a él la distancia que hay entre nosotros se hace más corta y eso me hace feliz, me hace olvidar el día que te tuvimos que dejar para siempre y que no te volvimos a ver.

Todo empezó aquella noche de junio. Yo estaba preñada y a las cuatro de la madrugada empecé a tener contracciones. Tu padre me llevó al hospital y a las ocho de la mañana del cinco de junio naciste tú. Tu padre grabó el parto y se lo enseñamos a toda la familia. Eras muy bonita, te ponía unos vestiditos de color rosa que te quedaban de maravilla. Eras tan chiquitina que nos hacías reír solo al verte. Me dolía el alma haberte de llevar al pediatra cada lunes para que te pusieran inyecciones, porque te dolía y llorabas mucho. En uno de esos lunes tu pediatra Marta vio que tenías una mancha en el pecho, creía que era mucosidad pero por si acaso te hicimos unas radiografías. Marta se equivocó. La mancha extraña con forma de nuez no era mucosidad era un tumor, un tumor avanzado. Parecía mentira que una cosita tan linda y chiquitita como tú pudiera tener una mancha que te ponía entre la vida y la muerte.

La pediatra nos mandó al hospital la Vall d'Hebron en Barcelona. Y el diecisiete de junio de 1995 ingresaste en el hospital. Estabas en la habitación 213, compartida con una niña que tenía cáncer de tibia y le tenían que cortar una pierna, era muy simpática tan solo tenía ocho años pero tenía muy asumido que le cortarían una pierna y decía que era una

privilegiada porque entonces sería coja y podría ir con una pierna de madera como los piratas. Según ella Dios solo escogía a unos cuantos para tener la experiencia eterna de ir con una pierna de madera y él la había escogido. Era una niña muy positiva, eso nos ayudó mucho a darte todas nuestras fuerzas.

Los médicos nos contaron que tenías un cáncer llamado neuroblastoma, es un cáncer que aparece en niños pequeños. Era curable pero tu caso era difícil porque el tumor era grande y se había esparcido. Me dolió el alma oír lo que el doctor decía, pero era sincero y eso nos ayudaba muchísimo a tirar para adelante.

Era muy cruel verte cada día en aquella cama que era inmensa para ti conectada a miles de aparatos y durmiendo, siempre durmiendo. Había una mujer, la que hacía las camas que siempre nos decía : “! Esta niña no puede tener nada malo que siempre está durmiendo! “ Y luego llegó la quimio. Pasamos noches enteras despiertos porque no parabas de llorar no comías nada y vomitabas muy a menudo, te cayeron las uñas, los pelos de las cejas y te quedaste calvita aún así eras preciosa. Esta fue la parte más dura del tratamiento sin fin. Tú sufrías mucho y nosotros nos moríamos al verte sufrir de aquella manera. Toda la familia nos daba fuerzas pero eras tan pequeñita que tirar para adelante sin sufrir, sin pensar lo que pudiera suceder, sin poder disfrutar de ti fuera de un hospital; era muy difícil.

Pasamos un año entero en el hospital dentro de cuatro paredes llenas de dibujos que otros niños te regalaban porque les caías bien. Solo algunos días podíamos salir a tomar el aire contigo, tu padre y yo nos acostumbramos a dormir en una silla que era un poco incómoda pero contigo adelante viéndote dormir nos daba igual dormir bien o mal.

Por Navidad vinieron los jugadores del Barça y te regalaron una camiseta con tu nombre detrás, también la colgamos en la pared. Los Reyes Magos también te trajeron un regalito aunque el regalo mas importante nadie te lo pudo regalar. Cumpliste un año y toda la familia te vino a visitar, tuviste muchísimos regalos que ayudaron a hacerse más cortos los días en aquella pequeña casa.

Vivimos muchas aventuras, tuvimos muchas experiencias, aprendimos muchas cosas hasta que llegó la recta final. No logro entender cómo se puede perder todo, perder a la cosita que más quieres en el mundo en una operación de casi dos horas.

Los médicos no nos garantizaron de que saliera bien había un cincuenta por ciento de posibilidades de que la operación saliera bien. Esperamos dos horas sentados en una silla impacientes, solo pensar que te podías ir para siempre yo me undía. Una luz verde se encendió, eso quería decir que la operación había terminado. Salió el medico que te operó y no parecía contento, se acercó a nosotros con cara triste casi llorando. Hicieron lo que pudieron pero fue inútil mientras nos lo contaba tú estabas de camino al cielo con el vestidito rosa y sonriendo. Rompí a llorar, lo había perdido todo, ¿qué sería de nosotros ahora sin ti? Todo había terminado. Si su compañera tenía razón dios quiso que nuestra niñita conociese a su abuelo porque él la cuidaría. Sé que esta carta nunca te llegará pero no quiero que pienses que te hemos olvidado. Te queremos, hija.

Para Noelia, de sus padres.

...

-Valeria...señora, despierte- oyó la voz de un médico que la despertaba, eran las siete de la mañana y su hija ya estaba en su habitación. Dormía inocentemente, lejos de todo peligro. La operación salió bien. Valeria suspiró aliviada. Solo había sido un sueño de una noche tormentosa.